los demás que estas aguas son de río que corre debajo de tierra y responde alguna parte de las de tierra caliente que corren hacia la Mar del Sur.

Mexico, según su etimología en esta lengua mexicana, han querido algunos interpretar, fuente o manantial, y a la verdad hay en ella y en su redonda tantos ojos de agua y manantiales que pudiera en alguna manera quebrarle este nombre y así no parece que van muy fuera de razón los que han querido pensarlo; pero los mismos naturales afirman que este nombre tomaron del dios principal que ellos trajeron, el cual tenía dos nombres, el uno Huitzilopuchtli y el otro Mexitly, y este segundo quiere decir ombligo de maguey y así dicen que los primeros mexicanos lo tomaron de su dios, y así en sus principios se llamaron mexiti, y después se llamaron mexica y de este nombre se nombró la ciudad, siendo el primero que tuvo Tenuchtitlan, por razón del nopal que hallaron sobre la piedra cuando llegaron a esta parte de la laguna cuando en ésta fundaron y aunque la ciudad se llama en común nombre Mexico entre los españoles e indios que ahora se van criando, los viejos nunca la llamaban ni llaman Mexico sino Tenuchtitlan, a diferencia del otro segundo barrio que se llamó Tlatelulco, que es la otra parte segunda de esta grandísima poblazón y ciudad, en la cual a los principios se dividieron (como decimos en otra parte). En este barrio, que se llamó Tenuchtitlan, fundaron los señores mexicanos y edificaron sus casas, y en él tenía el gran emperador Motecuhzuma sus casas (como en otro capítulo se dirá) y es la parte donde también los españoles poblaron.

CAPÍTULO XXIV. *De cómo se dividieron los tlatelulcas de los tenuchcas mexicanos y fundaron su parte en esta ciudad, haciendo cada parcialidad, barrio y mansión de por sí; y se confuta la razón de Acosta y Herrera acerca de estas divisiones*

A ESTABAN LOS MEXICANOS poseyendo este lugar del tenochtli como proprio y dado de su dios para que en él no sólo viviesen y conservasen la vida que vivían, sino para que creciendo y multiplicando saliesen de aquellos cortos y encogidos límites y se extendiesen por las provincias y reinos de este mundo nuevamente descubierto y hiciesen glorioso su nombre entre todas las naciones de él; pero antes de llegar a este punto, decimos, que como el sitio era estrecho y las gentes que lo moraban iban creciendo vivían con cuidado de ensancharse y no hallaban manera conveniente por la opresión con que los de la tierra firme los trataban. Estando con este cuidado los mexicanos y mirando uno de ellos hacia el cielo, vio que se levantaba de entre carrizos y espadañas, un poco más adelante del lugar donde estaban, hacia la parte del norte (que es éste donde al presente lo escribo, llamado Tlatelulco), un viento o aire a manera de remolino que parecía llegar con la punta al cielo, quedándose la otra extremidad de este dicho remolino o aire entre las cañas y tular dicho; y pareciéndoles que era

prodigio y señal representativa de alguna necesidad o acaecimiento, tomóles gana a muchos de ellos de querer ver lo que aquello significaba. Vinieron a verlo y en el lugar donde el remolino nacía hallaron un montecillo de arena que hacía una placeta fuera del agua y enjuta y muy dispuesta para poder edificar en ella. En este lugar no sólo hallaron la comodidad dicha sino también una culebra enroscada, una rodela y una flecha, que todo junto puso en admiración y cuidado a los que lo vieron.

Estas gentes que vinieron a ver esta maravilla que encontraron con este lugar fueron los tlatelulcas, que ahora tienen este nombre; los cuales volviendo con este recado y visión a dar aviso a los de su parcialidad y familia entraron todos en consulta, así hombres como mujeres, para determinar lo que este caso significaba. Salió determinado que aquel lugar era para su vivienda, pues ellos lo habían visto y no los otros que se llaman tenochcas. Y como de muy atrás estaban amordazados (por lo que dejamos dicho de la piedra preciosa que hallaron en el camino que traían cuando venían marchando de su provincia y tierra y de los palillos donde se halló la invención del fuego) no traían aquella conformidad con que salieron; y ya por esto o por otras cosas que también fueron sucediendo en el discurso de la jornada, no se querían ni amaban los unos a los otros como hermanos, parientes y amigos que eran (aunque para las cosas comunes de sus guerras y aflicciones nunca se deshermanaban) y así hallada ahora la ocasión de poderse apartar de ellos lo hicieron viniéndose a este dicho lugar, para lo cual lo comunicaron con los que en el otro dejaban. Esto dicho se halla en una de las historias antiguas de estas gentes tlatelulcas, la cual tengo en mi poder. Otros dicen que este lugar donde éstos se pasaron era donde enjugaban sus redes después de haber pescado y que los tlatelulcas, por apartarse de esotros, lo pidieron para su morada. Siendo esto así no sé cómo dice Gómara, en el libro de la conquista de Mexico, que primero fue fundado el barrio de Tlatelulco que el de Tenuchtitlan, cosa muy apartada de todo lo que todos dicen; lo cual dice por estas palabras: primero que se poblase este barrio Mexico estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarlo en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así.

Esta división y apartamiento hecha de estas dos parcialidades, dice Joseph de Acosta,[1] que fue por ocasión de haberse dividido en cuatro parcialidades y cabeceras estas gentes fundadoras de esta ciudad y que los viejos que en esta repartición quedaron agraviados, por no habérseles dado los oficios y dignidades que en ellas quisieran, hicieron esta segregación y apartamiento. Lo mismo dice Antonio de Herrera en el libro segundo de su *Historia occidental de Indias*;[2] y como éste dice las palabras formales que Acosta pone y el dicho Acosta va diciendo las que halló escritas en unos papeles mal averiguados (que yo tengo en mi poder) no hay que culpar a entrambos que hablan muy de lejos y no entre personas que pueden sacarles de duda en lo que escribieron, y si me dicen que porque siendo papeles dudosos, digo yo también alguna cosa de lo que hay en ellos; pues siendo

[1] Acosta. lib. 7. cap. 8.
[2] Herr. lib. 2. Dec. 3. cap. 11 Et 12.

para ellos dudosos también lo habían de ser para mí, a esto respondo que lo que digo en estos míos, que conforma con lo que ellos dijeron, no lo digo porque ellos lo dicen sino porque son comunes, que por serlo tanto conciertan todos en ello, que a ser particulares hubiera de decirlas por la duda grande que tengo de su verdad; porque en muchas cosas de las que he querido conferir, con otras de otras historias, las he hallado muy ajenas de las condiciones que las dichas historias piden.

Confieso que es así verdad, que esta ciudad de Mexico está repartida en cuatro barrios principales y cada barrio de éstos tiene otros menores y particulares inclusos en sí, y todos así en común, como en particular, tienen sus mandones y gente que los tiene a cargo (como en otra parte decimos tratando del buen gobierno de estas gentes); pero que esto haya tenido el principio arriba dicho no lo hallo en ninguna historia tulteca, chichimeca, ni aculhua, ni tepaneca, ni mexicana, porque a ser así, en alguna de éstas se dijera como cosa principal y muy necesaria para el gobierno de estas gentes; antes es lo cierto que los mismos señores lo ordenaron para mejor gobernar sus repúblicas (como en otra parte decimos).

También confieso que estos mexicanos y tlatelulcas no sólo se hicieron contradición y tuvieron sus cosquillas en los tiempos pasados, donde se trataban muy áspera y rigurosamente; pero en los presentes también se hacen contradición y tienen sus cosquillas los unos contra los otros, siendo estos tlatelulcas algo más belicosos que los tenochcas y así se verá que en la conquista, en solos tres días, vencieron los españoles toda la parte de los de Tenochtitlan (que ahora se llama Mexico) y se recogieron los vencidos a esta parte de Tlatelulco, donde duró la guerra tiempo y espacio de noventa días, y conquistados éstos quedó rendida toda la ciudad y la victoria cantada por los nuestros. Y volviendo a nuestro propósito digo, que los tlatelulcas, divididos de los mexicanos, fundaron su ciudad en este lugar dicho, el cual en sus principios no se llamó Tlatelulco, que quiere decir monton de tierra echada a mano o terrapleno, sino Xaltilulco, que quiere decir montón de arena, como en realidad de verdad la hallaron en este dicho lugar, el cual es ahora el que cae en esta plaza, sobre el cual está puesta la horca de los malhechores; pero como después se fueron cegando las aguas con tierra y piedra, según cada cual podía, perdió el nombre de Xaltilulco y cobró el de Tlatelulco, que es el común con que ahora se nombra. Y esta parte de los tlatelulcanos y la otra de los tenochcas (aunque divididos en dos parcialidades) hacían una entera ciudad, la cual, toda junta, cuando llegaron los castellanos a ella, tenía por cuenta ciento y veinte mil casas y en cada una de ellas de cuatro a seis, hasta diez vecinos. Y éste fue el número de gente que vino multiplicando desde su principio y fundación, hasta que fue rendida y desbaratada por nuestros castellanos que (como decimos en otra parte) no fue de hombres el hecho sino de Dios, que quiso hacer esta victoria venciendo a tantos enemigos tan pocos cristianos, como a la conquista vinieron.